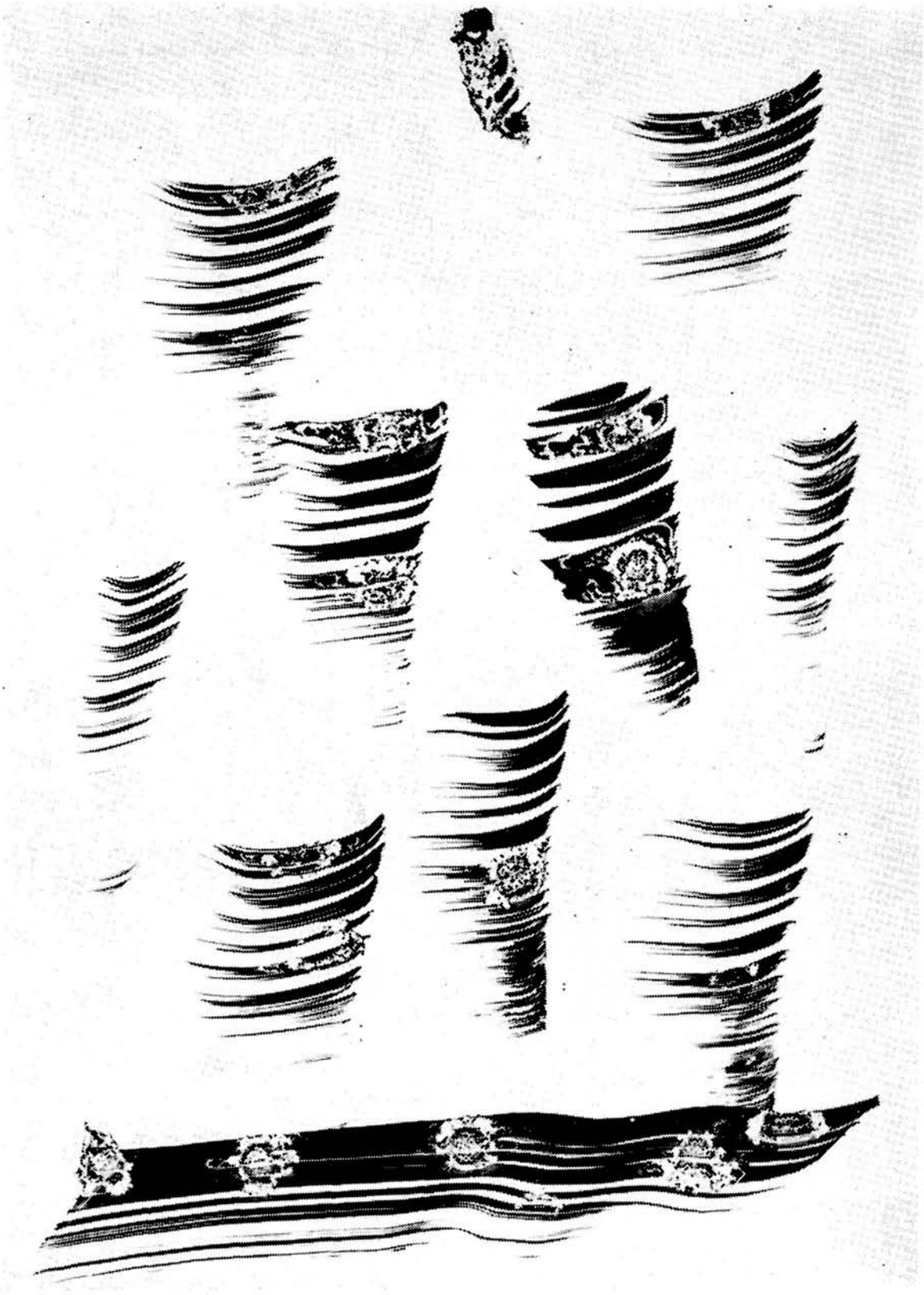
COMO DENTELLADAS DE VIENTO OCULTAS BAJO LA NIEVE

Dibujos y poemas de
JEAN THIERCELIN



I

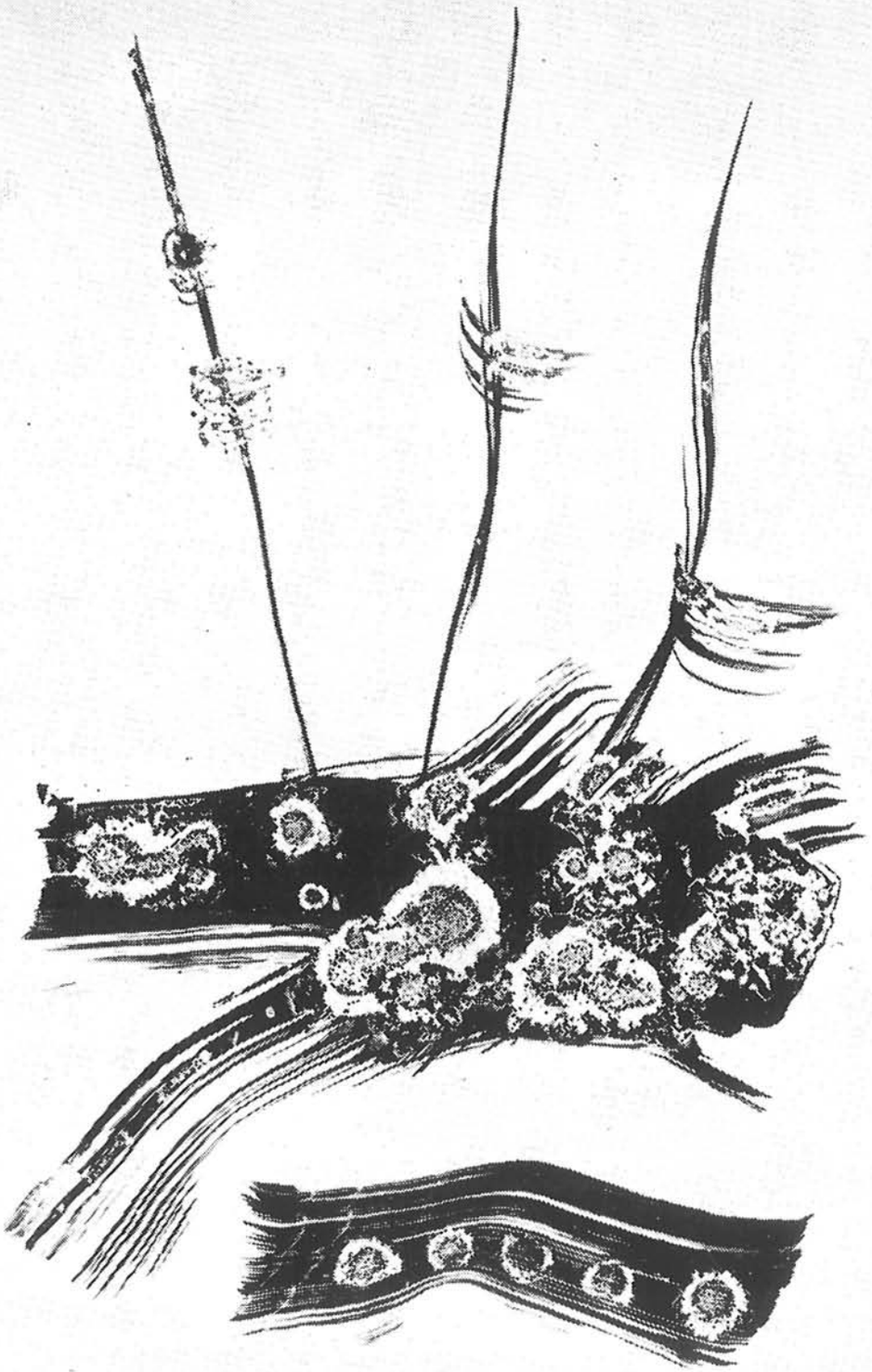
El que dormía en la piedra
despertó al estrépito que produjo
un grano de arena
al caer sobre su párpado...

aún no se sabía tan lejos
mas la noche tenía una verde transparencia
y la ciudad, allá,
engullida por el agua glauca
a mil pies bajo él

locos caballeros
batían los bosques
al sonido de la trompa...
extrañas fragancias malvas
rodaban por las madrigueras desiertas

en algún lugar
cayó una piedra
que jamás fue recogida

entonces escuchó el aleteo
y volvió a cerrar su piedra de sueño



II

El río nos era necesario
iba a medias con nosotros
entre pulmones y labios
como alga engarzada entre ocres guijarros
rasgueando su decir de ladera azul...

remontábamos la lentitud misma del Tiempo
y no era sino vívida llamada
que no acababa de contar un retorno
que no cesaba de fascinarse
de lentísimos vientos y mareas

algunos se engalanaron con bocamangas
de ácidas hojillas...
inflados como trompos de rojizos destellos
enloquecíamos la huella verde
de Leviatán

III

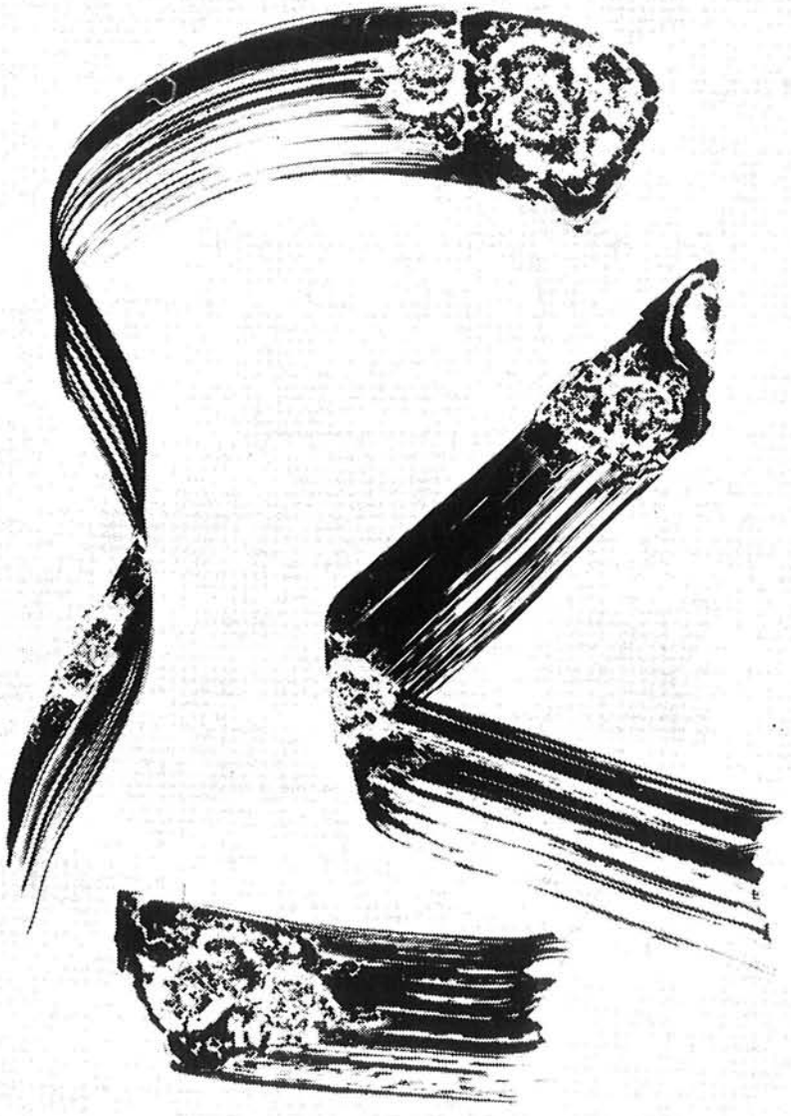
Las caracolas agitaban
minúsculas manos de púrpura
fuera de sus labios de nácar
¿sería un adiós?
un adiós al enorme corazón
que agoniza en su grito
de pájaro salino
o una simple manifestación de apoyo
a los retozos de un rebaño
de cangrejos rojos
sobre el coral violeta
que no cesaba de azularse de arena

24 horas de cada 24
el pirata evocaba su suspiro
y entre hipos
no cesaba de arrojar
el último con el ancla

IV

Si la mueca tuviera una, dos, o incluso
tres manos
hubiéramos solicitado su auxilio
para nuestros trabajos de sombras

pero prefiere permanecer así:
con su propio solecito en el corazón
al socaire de sus labios
para iluminar días y bendecir noches
que nos rodean

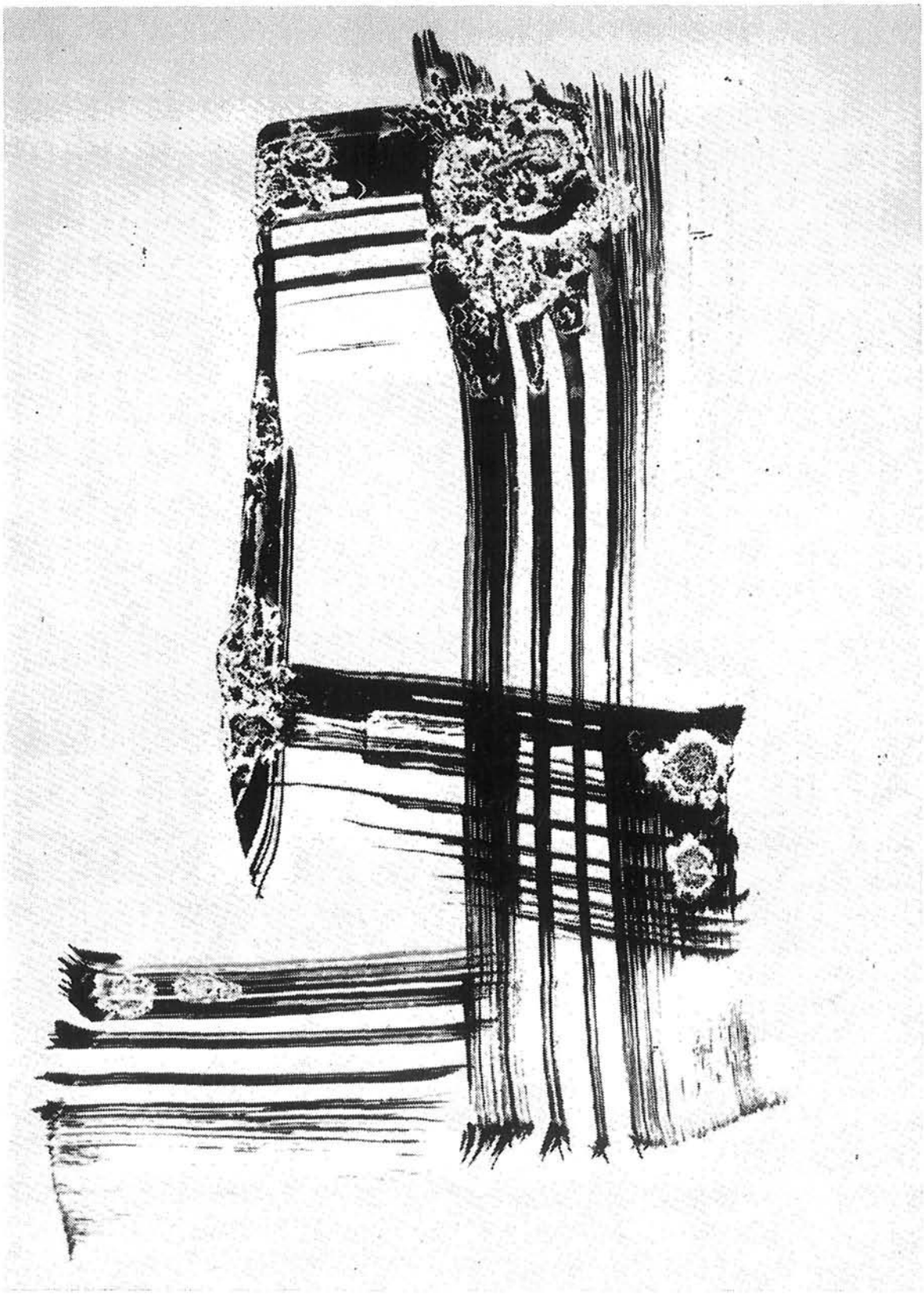


V

Al que arroja una flecha a la nube
al que arroja
le llamaría mi hermano
si yo fuese el viento

Al que arroja dos flechas al sol
al que arroja
le llamaría oyente
si fuese allí la lluvia, la ceniza y la sangre

Al que arroja tres flechas a su corazón
al que arroja
le llamaría reflejo
si yo fuese allí un niño



VI

Quien escuchaba el sonoro vasallaje
de la piedra enroscada en su memoria
de viento, recordaba
a los vértigos horadados en la sombra
glacial y verde de las antiguas praderas...

al llegar la noche
sabía liberar los voraces azules
del abismo agrietando la muralla
de sombra
con un relámpago
de pedernal y trueno...

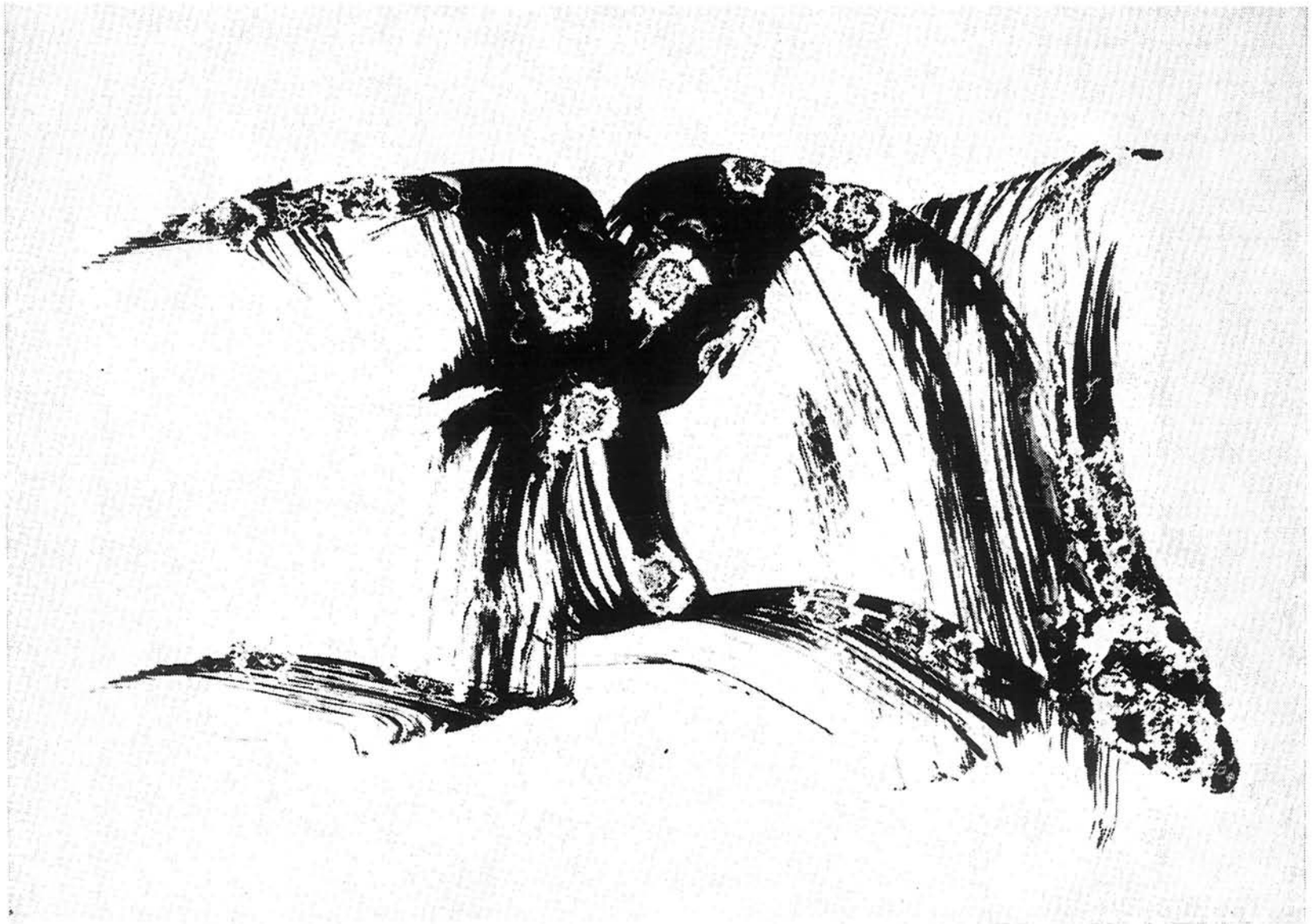
así seguía su marcha
el que escuchaba sonar
lejanas
las arenas rojas

VII

Los personajes se deshojan...
quizá sea el Tiempo, el Viento
o la Impaciencia...

el gran Lengua se aleja
con mirada distante
y una pluma más displicente aún...

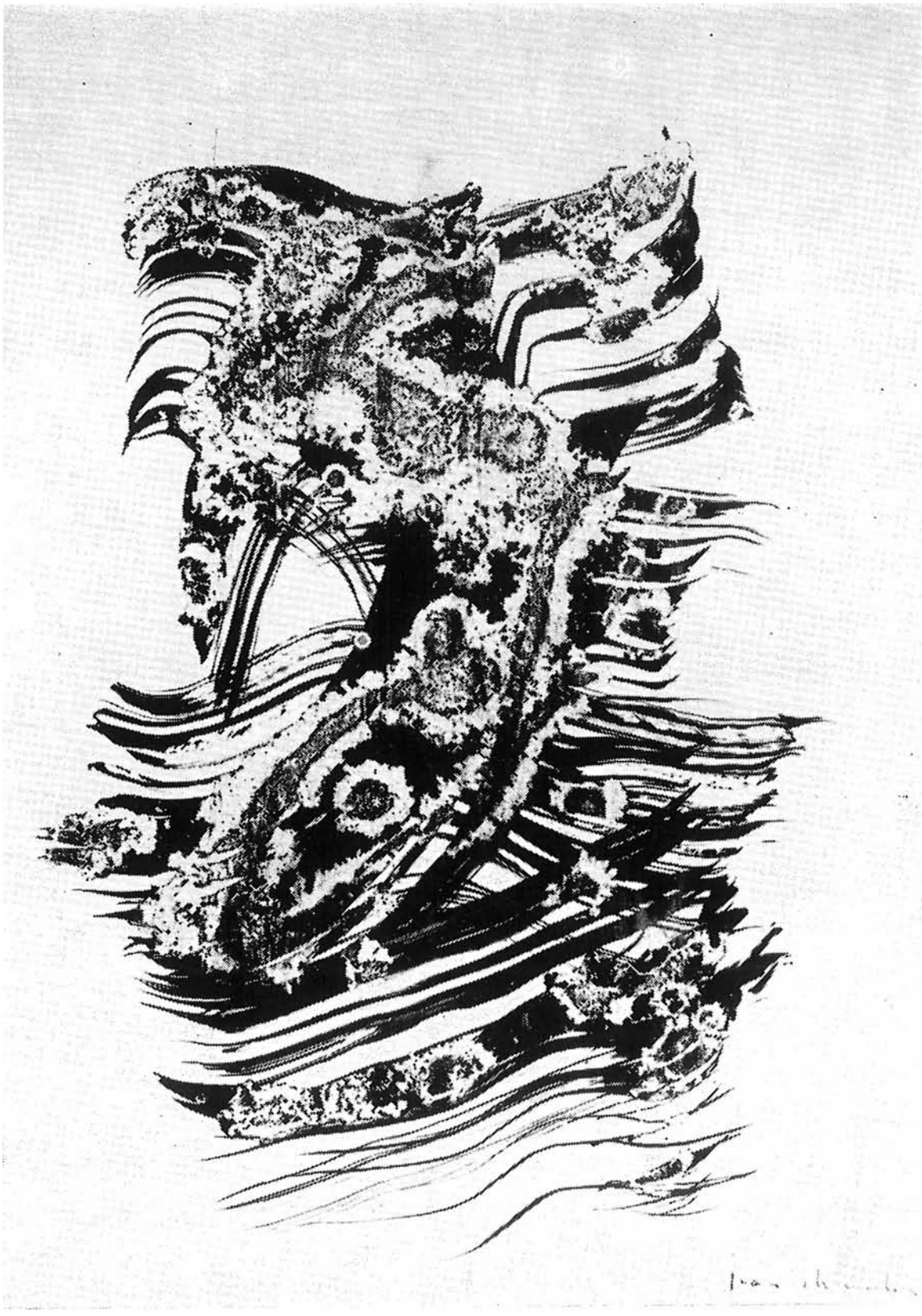
Pero...
diminutos guijarros
espuman la garganta
del Gran Cuervo



VIII

Nunca como esta noche
he sentido con tal acidez
la ausencia de A...
que me era como una colina bordeada
por un paisaje de arbustos
enanos y verdes
como el puño de una rana
que comenzaba más allá de la línea de frondación
de los árboles que no cesaron desde la noche
de su desaparición de aguardarme
en el cabrosolo del grito exasperado de una postrera cigarra
pariéndose en millones de voces

Jamás había vuelto a verte tanto, A...
sujeto en el recuerdo casi honrado
de un libro verde
y desaparecido... hasta cuándo
podía entreverse la orquídea
desgarrando sus selvas



IX

Escuchaba aún la triple forma
de vuestras alas
cuando vomitó su noche en un
gran estertor azul para inundar de arena
los últimos lagos de los confines
del mundo...

Donde decidió plantar su tienda
fue degollado un blanco pez
pintados veinticuatro soles
sobre el musgo

enderezada la puerta de las cuatro estaciones
y de nuevo la luna hiló
el alma de sílex
del Gran Cuervo.

Jean Thiercelin
«Serre»
84160 CADENET (France)

Primero nacieron los dibujos. Más tarde, su autor, Jean Thiercelin, escribió para ellos los comentarios poéticos que hoy los acompañan. Finalmente, Raquel Thiercelin, Alberto Porlan y Francisca Aguirre trasladaron esos nueve textos al habla castellana